

Últimas noticias del periodismo coral

por **Rodolfo González Arzac**

Resumen

Un reclamo de un grupo de periodistas para pedir que el gobierno nacional establezca como una práctica las conferencias de prensa, le sirve al autor para desgranar el estado del periodismo argentino. Un periodismo coral que se olvida del lector o del escucha. Estridente y poco riguroso. Dividido en dos tribunas: oficialistas y opositores. Que se olvidan de la búsqueda de la verdad. Que precarizan un oficio respetable. Un conflicto que, a su vez, sacude la modorra de los trabajadores de prensa.

Palabras clave

Verdad - conflicto - rigurosidad - medios comerciales - trabajadores

Abstract

A claim by a group of journalists requesting the national government to set press conferences as a practice, allows the author to dissect the status of journalism in Argentina. A choral journalism forgetting the reader or listener. Strident and with little rigor. Divided in two tribunes: governmental and opposition. That forgets the search for truth. That turns precarious a respectable office. A conflict that, also, shakes the sleeplessness of the press workers.

Key words

Truth - conflict - thoroughness - commercial media - workers

A Atahualpa Yupanqui no le gustaban los coros. Decía que el asunto consistía en que uno canta y otros le hacen burla.

El último domingo por la noche, a la hora en que antes se podían ver goles en el programa "Fútbol de Primera" (ahora reemplazado por un ciclo a cargo del Poder Ejecutivo), un buen grupo de periodistas, algunos de los periodistas mejores pagos del país, hicieron un coro. Y se burlaron de sí mismos. No sólo Jorge Lanata, convertido en una burla del que alguna vez fue, sino también el resto. Ese resto incluyó a periodistas que, de verdad, respeto muchísimo, que voy a seguir respetando a pesar de que hayan estado ahí. Porque son compañeros con los que puedo disentir. Pero ellos no eran lo importante. Ese resto estaba conformado, en su primera línea, por periodistas peces gordos, las caras de varias empresas periodísticas, tipos que tienen la gestualidad de un periodista pero que son, al fin, cuadros de grupos económicos. Preneros altamente sofisticados. Todos reunidos alrededor de "Pensado para Televisión", por Canal 13, de Artear, del Grupo Clarín, el más enfrentado con el gobierno nacional,

Rodolfo González Arzac
gonzalezarzac@gmail.com

Egresado de la escuela de periodismo TEA, Argentina. Fue productor en *Radio Nacional* y *Radio Ciudad* y en el noticiero *Telenoche* entre 2003 y 2006. Escribió para las revistas *La Maga* y *TXT* y para los diarios *Perfil*, *La Razón* y *Crítica de la Argentina*. Actualmente escribe en *Crisis* y *Tiempo Argentino*. Publicó los libros *¡Adentro! Chacareros, millonarios y perdedores en la nueva Argentina rural* y *La rabia (y todo lo que vino después)*, 2001-2011: 26 historias.

Artículo:
Recibido: 29/05/2012
Aceptado: 21/08/2012

el show periodístico del que todos hablan, que muestra buena habilidad para hacer hablar a los medios de comunicación durante siete días, hasta su próxima emisión.

Traigo el caso del coro, y de su voluntad de preguntar, porque me parece que habla de un estado de cosas. Y también de la verdad y el conflicto, que es lo que esta mañana nos convoca a conversar.

El estado de cosas es delicado. Tan delicado que, tal vez en el momento más crítico del periodismo en décadas, cien periodistas se juntan en un programa de tele como si fueran una tribuna de reidores pero para llorar un poco. El grupo del que se nutrió Jorge Lanata se llama Conferencia de Prensa. Y sacó dos documentos. El primero fue un manifiesto para pedirles a los funcionarios que den conferencias de prensa. Y eso me parece que es lo más paradójico. Que lo primero sea lo último. ¿Por qué? La mayoría sabe que las conferencias de prensa no sirven para mucho. En una conferencia de prensa no suele haber repreguntas, por ejemplo. En una conferencia de prensa, no se dicen otras cosas que las que el funcionario quiere decir. A lo sumo hay un anuncio que deriva en un titular. Y cuando más: algún periodista aprovecha el escenario no para preguntar, sino para dejar en *off side* al protagonista. Hay en las conferencias de prensa ganas de preguntar de los periodistas. El montaje, por cierto, ayuda: suele haber garantías de televisación, de segundos de rotación, la figuración como una tentación cristiana. Recuerdo una conferencia, por ejemplo, en la que Néstor Kirchner bromeaba con su estilo sobre *Clarín* y un gran periodista, un compañero del diario *Crítica*, Diego Genoud, le preguntó por qué le había renovado el contrato de Cablevisión al grupo. Me pareció interesante. Pero tam-

bién anecdótico. Y estoy casi seguro que una conferencia de prensa lo máximo que puede dar es eso: una anécdota. No hay mucho lugar para la reflexión en una conferencia de prensa. Más bien, hay mensajes aburridos del conferenciante y una exagerada necesidad de los cronistas por encontrar un título. Por eso me llamó la atención: los periodistas quieren preguntar, pero su reclamo prioritario es una conferencia de prensa. Entonces me parece que quieren preguntar pero les interesa poco lo que les vayan a contestar. Esa noche en el programa de televisión el coro repitió, por minutos: "Queremos preguntar, queremos preguntar". Casi nada de todo esto se podría haber escrito, se podría decir ahora, si hubieran direccionado la exigencia hacia un "queremos una respuesta oficial", "queremos escuchar una respuesta oficial".

Y me pregunto si así estamos buscando la verdad.

El segundo documento del grupo Conferencia de Prensa, en cambio, es mucho más importante. Allí se exige que se respete el derecho al acceso a la información pública. Eso sí que es otra cosa. Tiene relevancia. Y al pedir eso, el periodista más que pensar en cuál va a ser su pregunta genial o la forma en que le mostrará al salón su ingenio, está pensando en que sería bueno que sus lectores puedan tener acceso a algunos datos relevantes. Es decir, está anteponiendo a sí mismo al lector. Que es algo que debería ser la regla, pero cada vez más es una excepción. Pero del estado de cosas del periodismo habla también el hecho de que éste sea el segundo documento y no el primero, y que el reclamo central casi no haya sido mencionado en el número montado en el programa de Jorge Lanata, ese pequeño show que a algunos les pareció tan importante que les humedeció los ojos. Al otro

día, se repitió una y diez veces que el señor Fernando Bravo, un locutor con gran oficio, un buen maestro de ceremonias, había llorado empujado por esa puesta en escena, conmovido por la escenografía. A uno le enseñaron, y aprendió, que las lágrimas se reservan para las emociones fuertes. Que es bueno llorar. Que hay que sacar las cosas afuera. Sí, pero también es necesario, como decía la canción: "cada cosa en su lugar".

Está claro también que el caso de "queremos preguntar" será un evento menor, algo que olvidaremos el próximo invierno. Pero a mí, de todos modos, me pareció metafórico. Porque creo que estamos haciendo periodismo coral. Que, al menos el periodismo comercial, está sumergido desde hace mucho en una competencia coral. De un lado los que atacan, del otro los que defienden, repitiendo sin soplar, en un juego aburrido donde ni siquiera hay ganadores. El coro "A" grita cada vez más fuerte, se esfuerza para superar y tapan al coro "B". Y el coro "B" hace lo mismo con tal de anular al coro "A". Los dos coros cantan canciones distintas, pero las dos son canciones a medias. Los dos coros le hablan en realidad a su propio público coral. Si hasta en el lenguaje se les nota la intención de hacer hinchada, de actuar como tribuna. Es cierto que siempre hay un coro que miente menos y tiene objetivos más nobles. A veces es el "A", a veces es el "B". Y no es que se repartan el mejor papel en partes iguales. Para algunos es el "A", para otros es el "B". Los defensores del gobierno nacional prefieren a los medios oficialistas (que son muchos, cada vez más, y con menor audiencia). Los que desprecian al gobierno nacional, prefieren a los medios opositores (que son los que desde siempre hegemonizan el mercado y que hasta unos años eran

visiblemente oficialistas). Pero estoy seguro de que, en todos los casos, el coro "A" y el "B" no privilegian al lector. Y, al dejarlo de lado, se zambullen en una práctica periodística estridente, poco rigurosa, donde lo único que importa es quién tira de la sogá más fuerte.

Si se da un paso hacia atrás y se mira la escena de los coros enfrentados lo único que se ve es un montaje y lo único que se escucha es el ruido. Porque los coros, por sí fuera poco, desafinan.

Llevamos así un buen tiempo. Para lo único que sirvió esta batalla es para que aprendamos algo que, creo, ya aprendimos de memoria: que ese periodista solemne, fiscal y objetivo cuya imagen se exacerbó en los años noventa no existe. Que es una fantochada. Que *Clarín*, y el resto de las empresas también, a veces dicen la verdad y muchas otras mienten (a sabiendas de que lo están haciendo). Que los grandes grupos económicos usan al periodismo para condicionar. Y a veces para extorsionar. Que los gobiernos sólo pretenden del periodismo una propaganda. Que los funcionarios presionan para que los medios oficiales tengan una agenda muy similar a la de la página web gubernamental (y lo consiguen sobre la base del riego publicitario). Que necesitamos que el sueño concretado de una nueva ley de medios no se desvanezca sino que se multiplique. Porque esa será la única forma de salir de todo esto, de tanta trampa, con un tesoro en las manos.

Cito ahora un fragmento de una muy linda nota que apareció algunos meses atrás en la revista *Crisis*. Que dice así: "El periodismo insiste en ser una forma de intervención pública que, a través de un discurs-

so repetitivo, encarna en el costado retardatario del sentido común. Cada vez más una ideología y cada vez menos un oficio. Eso es lo que nos interesa y debería interesarles también –por motivos distintos pero convergentes– a los que trazan sus líneas directrices. Porque se están suicidando demasiado rápido, muchachos. Y ustedes lo saben. El periodismo –a través de sus múltiples soportes– prescinde de la realidad que antes decía reflejar y se propone, antes que nada, defender su propia mirada del mundo. Dedicó *tuits*, horas de vivo y páginas a reafirmar certezas que eclosionan en forma permanente. Echa tierra sobre un campo minado y sigue caminando como si hubiera desactivado el explosivo. Hay una enorme porción de la experiencia social que se le escapa y hay una zona en expansión que ha renunciado a visibilizar. Predica por un horizonte favorable a sus intereses, detrás de la utopía de un liberalismo popular que consuman con fruición incluso sus víctimas" (Orozco, 2011).

Esa nota, que llevaba de título "El cementerio de los elefantes" empezaba diciendo que de periodismo habla cualquiera. Menos nosotros: los que trabajamos y vivimos en los medios, los asalariados del rubro, los que somos mayoría pero no gobernamos, los que de a ratos obturamos el deseo de cualquier patrón.

Y eso de obturar el deseo de cualquier patrón me parece que es de lo más interesante que está pasando. No podría decir que es una tendencia. Ni siquiera un fenómeno extendidísimo. Pero sí reconozco que eso está pasando cada vez más. Y también que nos requiere un esfuerzo notable, cansador, que por momentos desanima, que a veces la

mayoría del tiempo nos desanima, pero que cuando conseguimos algo fruto de esa dedicación, nos llena. Como pocas veces nos pasa.

Hace poquito los diarios de la ciudad de Buenos Aires consiguieron lo que no conseguían hace 37 años: que sus trabajadores se reconozcan antes que nada como trabajadores y emprendan una negociación paritaria todos juntos. Los resultados fueron bastante buenos. Y confío en que el año que viene van a ser mejores. Entre esos resultados no sólo está el porcentaje acordado como una recomposición salarial sino también que la pelea hizo que volviera la vida sindical al diario *Clarín*, algo que hacía más de diez años no pasaba. Ahora, *Clarín* tiene delegados paritarios. Y los periodistas de los diarios de Capital una certeza: de un lado los patrones, del otro los trabajadores.

Es un gran paso. Porque ése es, tal vez, el conflicto más bravo al que nos enfrentamos para hacer nuestro trabajo. Para hacerlo bien. Porque nos importa mucho, después de todo, para quién trabajamos, para qué trabajamos, por qué tenemos que trabajar. Nos importa mucho porque somos periodistas muchas horas por día y por noche. Todo el día y toda la noche. Nos importa porque somos trabajadores que tenemos algo para dar, que queremos dar algo, que nos gusta cuando los equipos chicos, sin tanto talento, abrazados en la intención, le ganan a los grandes. Aunque sea un día domingo, un rato. Porque hay algo ahí que nos hace pensar que entonces debe ser cierto ese cuento de la energía y de la matemática. La física. La física en la calle. Y en la redacción.

Recién hablaba del esfuerzo al que nos somete esta escena

continua de periodismo coral. El esfuerzo que nos debemos si queremos desarmarla. Porque para ampliar la agenda previsible de los medios comerciales necesitamos poner mucha energía y hacer lo imposible por mejorar nuestras destrezas. Tenemos que tener imaginación, dedicación y trabajar como si en eso se nos fuera la vida (aunque está claro que eso no es así). Desde adentro de una redacción: asumiendo costos, los costos de poner límites y de pretender extender la agenda. Desde afuera de una redacción: reinventándonos como periodistas fuera del sistema comercial.

En cualquiera de los dos sitios, creo que no tenemos que olvidarnos nunca que el lector no es idiota. Que no hace falta que nuestro periodismo sea tan subrayado ni obvio. Que nunca debemos dejar de intentar darle a los temas que están en la superficie una mirada más compleja: porque para simplificar las cosas ya están los coros. Que no podemos confundirnos y creer que el ejercicio natural de la subjetividad –como escribió alguna vez el peruano Julio Villanueva Chang– es lo mismo que decir “no hay hechos, sólo hay interpretaciones”. Y que necesitamos tener compromiso. Compromiso con las cosas que pasan, porque no podemos mirar todo desde afuera, no podemos seguir perfeccionándonos en nuestro escepticismo y en nuestro cinismo, y nada más. Necesitamos mostrarle a nuestros patrones y a nuestros gerentes que un diario no se hace mirando televisión. Necesitamos mostrarle a nuestros entrevistados que escuchamos sus respuestas, que no los llamamos sólo para que nos confirmen la teoría abstracta que elaboramos encerrados al calor de una calefacción. Necesitamos mostrarle a todos que nuestro trabajo no se hace gritando, ni parti-

cipando de coros, ni pidiéndole al lector que sólo absorba (lo que es como pedirle que no lea). Necesitamos bajarnos del banquito, volver a lo artesanal, al trabajo de relojero, a un oficio que, me parece, por estos días, casi lo único que causa es gracia. Ése es nuestro conflicto. Y creo que ésa es nuestra verdad. Al menos, la verdad que puede verse desde acá. Una verdad que también, como todas, puede que no sea tan cierta.

Bibliografía

OROZCO, Enrique. “El cementerio de los elefantes”, en *Crisis*, N° 4, Buenos Aires, abril-mayo de 2011.